

los otros ocho prisioneros también adheridos al nuevo Imperio é hizo saber á los demás prisioneros que llegando á México se ocuparía de su suerte.

Hecho esto que tendía á crearse partidarios, continuaron el viaje, y el 28 de Mayo la «Themis» ancla en Sacrificios, comunica la noticia de que la «Novara» la sigue á quince millas de distancia y que tan solo tardaría algunas horas en llegar. En efecto, á poco se dibuja en el horizonte la fragata austriaca.

La primera noticia de la aceptación oficial de la corona de México por el Archiduque Maximiliano, se tuvo en Veracruz al llegar el vapor español «Barcelona», el 13 de Mayo y esa misma noche se transmitió á la capital por el telegrafo. Dos días después, el 15, llegaba á ese puerto el comandante Rodríguez, en el vapor «Veracruz», procedente de San Nazario y comunicaba á la Regencia la aceptación de la corona en Miramar. El día 20 se publicó en México, por bando solemne, el acta de la aceptación y el nombramiento de Lugarteniente del Imperio, hecho en D. Juan N. Almonte, por el tiempo que transcurriese hasta la llegada del Emperador al territorio mexicano, debiendo cesar desde luego, en sus funciones, la Regencia.

Los preparativos para la recepción de los Emperadores, se activaron desde que se tuvo aquella noticia. Aunque se creía que antes de los primeros días de Junio no arribaría la «Novara» á Veracruz, había salido de la Capital el Lugarteniente, acompañado de su familia y de algunos funcionarios públicos. Permaneció en Orizaba hasta el 27 de Mayo y al siguiente se fué para Córdoba.

En las primeras horas de este mismo día, llegaban á las aguas de Veracruz los viajeros imperiales, sorprendiendo á los veracruzanos las detonaciones de artillería de la «Themis», anclada en Sacrificios, y que se adelantó para noticiar que la «Novara» se encontraba á quince millas del puerto y que á las pocas horas estaría en la bahía. Llevaba la «Themis» la comisión de conducir al Lugarteniente del Imperio á presencia del Emperador; pero Almonte, que había salido á las cinco de esa misma mañana, de Córdoba, no pudo llegar á Veracruz sino en la tarde, aun aprovechando el tren de ferrocarril entre Veracruz y Loma Alta, en una extensión de cuarenta y dos millas.

El prefecto político de ese puerto, acompañado de una comisión del Ayuntamiento, salió al encuentro del Lugarteniente, mientras que las diversas comisiones de recepción apresuraban los trabajos para concluir los preparativos del recibimiento: arreglaban los arcos y engalanaban las calles, las plazas, el muelle, el palacio y demás edificios públicos con cierta magnificencia. El capitán del puerto D. Juan Lamé había salido á la mar en su falua, desde que se tuvo noticia de que se aproximaba la «Novara» y fué el primer vecino de Veracruz que estuvo en presencia de Maximiliano, á quien ofreció guiar la fragata imperial, en la entrada del puerto, cuyo acto se verificó á las dos de la tarde anclando al Sur de la fortaleza de Ulúa, que saludó con salva de ciento un cañonazos.

Desde ese momento aparecieron literalmente cubiertos de espectadores, el muelle, las azoteas, los balcones y miradores. El fuerte de Ulúa y todos los buques anclados en la bahía, estaban adornados con banderas, gallardetes lazos y cor-

tinan en que se mezclaban los colores de las diversas nacionalidades; á la vez fueron izados los pabellones en los consulados y edificios públicos.

Maximiliano dispuso que después de recibir al general Almonte, se le presentaran esa misma tarde las autoridades políticas y municipales, funcionarios públicos y empleados, y aun se prescribió el traje para la recepción, teniendo en cuenta el clima y la estación. Pero había que esperar la llegada de Almonte que se verificó á las cinco de la tarde, entre los repiques en las torres, el estallido de los cohetes y los acordes de la música militar. Pasando entre la valla que formó la guardia civil, la comitiva que debía ir á bordo de la «Novara», acompañó á Almonte en su tránsito hasta el muelle, todos se colocaron en las diversas embarcaciones preparadas al efecto, y se encaminaron hacia aquel buque.

En esos momentos circulaba en Veracruz la proclama de Maximiliano, en la que decía: «que se entregaba con júbilo á la noble tarea que le confiaba la mayoría de la Nación, persuadido de que el Todopoderoso le señalaba la misión de consagrar todas sus energías y corazón al bien de un pueblo que, cansado de combates y luchas desastrosas, deseaba la paz y el bienestar, frutos de la civilización y del verdadero progreso. Pedía que todos los mexicanos se le unieran para defender la justicia, la igualdad ante la ley, el acceso de cada uno á toda carrera y posición social, la completa libertad personal bien comprendida, y la de la propiedad; el fomento á la riqueza nacional, las mejoras de la agricultura, de la minería y de la industria, el establecimiento de vías de comunicación para un comercio extenso y el libre desarrollo de la inteligencia en todas sus relaciones con el interés público. Todo esto se conseguiría con la unión de los partidos animados por el sentimiento religioso. Dirigía algunas frases congratulatorias á la Francia, á Napoleón y ofrecía á los mexicanos una voluntad sincera, lealtad y firme intención para respetar las leyes y hacerlas respetar; Dios y la confianza del pueblo mexicano constituían la fuerza de Maximiliano, el pabellón de la independencia era su símbolo, y su divisa: «Equidad en la Justicia.» Era su deber empuñar el cetro con conciencia, y con firmeza la espada del honor. Dejaba á la Emperatriz, la noble tarea de consagrar al país los sentimientos de una virtud cristiana y la dulzura de una madre tierna.»

Dado el carácter de Maximiliano, puede admitirse que los conceptos fijados en la proclama llevaran el sello de la convicción, pero, no era un síntoma de vacilación y dudas, el haber firmado un convenio para la retención del ejército francés y el empeño de apoyarse en la Legión extranjera, fiándose más en los extranjeros que en sus nuevos súbditos? Seguramente no había llegado á su conocimiento una circular del sub-secretario de gobernación de la Regencia, Sr. González de la Vega, mandando á los Jefes Políticos que no se esperaran á recoger las firmas de los vecinos, sino que bastaba que suscribieran las actas de adhesión las autoridades políticas, los ayuntamientos, los tribunales y los empleados, lo que sin duda no podía considerarse como la genuina expresión de las mayorías.

Hablaba en la proclama, de la misión providencial que le había dado el Todopoderoso, y prometía justicia, igualdad ante la ley, libertad individual, fomento

de la riqueza pública y otros muchos bienes; pero en ese programa cuidó de no resolverse por la Reforma ó por el clero, pues si se manifestó animado del sentimiento religioso, también hizo especial mención del progreso, siendo indiscifrable la política que se proponía seguir; en la proclama, únicamente recomendó mucho la unión de los partidos bajo el régimen imperial, y á la sombra de la bandera civilizadora de la Francia y de Napoleón III, á quien, según aseguraba Maximiliano, debía México el renacimiento del orden y de la paz.

Después de haber conferenciado con Almonte, recibió Maximiliano, en el salón del segundo puente, á las autoridades y funcionarios de la administración pública, presidiendo la comitiva el Prefecto Político D. Domingo Bureau. Vestía Maximiliano frac negro, pantalón y chaleco blancos y corbata negra, traje designado también para los individuos de la comitiva. El Ministro Velázquez de León introdujo á las autoridades y funcionarios, en nombre de los cuales pronunció el Prefecto un discurso dando á los Emperadores la bienvenida; contestó Maximiliano leyendo otro muy corto en español; en seguida presentó á los concurrentes á la Emperatriz, á la cual dirigió la palabra el Prefecto Político, y ella le contestó en español castizo. Concluido el acto recorrió el círculo de los concurrentes dirigiendo á cada uno frases de cumplimento. Los Emperadores se retiraron acompañados del general Almonte y la comitiva oficial regresó á tierra.

En la mañana del día 29 apareció engalanado cuidadosamente el muelle, con arcos, trofeos de armas y cortinajes, poesías y coronas, destacándose el escudo del Imperio en la parte superior del arco principal; en la puerta del mismo muelle se levantó un lujoso pabellón tricolor; todo el pavimento estaba alfombrado y en el extremo del muelle se puso la escala para el desembarco de los soberanos; también se levantaron dos grandes tribunas con elegantes barandillas, para que las señoras de la población asistieran á la entrada de los Emperadores. En el centro de la plaza principal fué construido un arco triunfal de vastas proporciones, coronado con alegorías que representaban las ciencias, la justicia, la agricultura y el comercio, llevando en el frente el escudo de armas de la ciudad. Las calles por donde habían de pasar los Emperadores hasta la estación del ferrocarril, estaban adornadas con postes de madera que sostenían escudos, trofeos, coronas con las iniciales de los Monarcas, banderas y gallardetes; además, los vecinos de esas calles adornaron sus puertas y balcones con cortinas, banderas, lazos, cintas y flores. En la puerta de Merced se levantó otro arco de triunfo, de orden toscano, con poesías alusivas á la paz y unión de los mexicanos.

En ninguna población se hicieron como en Veracruz, tan costosos preparativos para recibir á los príncipes Maximiliano y Carlota; pero sea porque Almonte no llegó á tiempo, estando en Córdoba cuando se presentó la «Themis» con la noticia de la próxima entrada de la «Novara», sea por el poco tiempo que estuvieron frente á Veracruz ó porque no se detuvieron en esta ciudad, pasando de prisa por las calles para tomar el ferrocarril, lo cierto fué que los preparativos no lucie-

ron según se esperaba; pero los príncipes ofrecieron compensar con usura la omisión, volviendo al puerto; igual promesa hicieron en Orizaba.

Antes de las cinco de la mañana del día 29, se reunió en el palacio de la ciudad la comitiva oficial y se dirigió al muelle, formando valla la guardia civil muy bien uniformada y con música á su cabeza. Los Emperadores dejaron la fragata imperial poco después de las cinco, cuyo acto fué anunciado con la salva de ciento un cañonazos, pasando la falúa que los conducía entre una hilera de más de cien botes adornados con banderas y gallardetes.

En el momento de desembarcar los soberanos, fueron recibidos por los generales Almonte y Salas, el Prefecto del Distrito y el comandante superior, siguiéndolos numerosa comitiva; recorrieron el muelle entre los acordes de la marcha imperial y los vitores de la multitud; en la puerta del muelle, el presidente del Ayuntamiento D. Salvador Carrau, presentó á Maximiliano en una bandeja de plata, las llaves de la ciudad primorosamente trabajadas, acompañándole los concejales y lo felicitó, así como á la Emperatriz, por su arribo que calificó de providencial; Maximiliano contestó la felicitación en un corto discurso. Concluido éste, subieron los nuevos soberanos á una carroza descubierta, acompañados solamente por Almonte; seguialos la comitiva oficial en la que iban las personas que habían venido con ellos desde Miramar, y las músicas que tocaban sin descanso. En la puerta de la Merced tomaron los trenes del ferrocarril, mostrándose disgustada la Emperatriz por no haberse presentado ninguna comisión de señoras, sino aisladamente la esposa é hija del comandante Marechal.

En el pueblo de la Soledad fué servido el desayuno, en un salón dispuesto cerca de los rieles y adornado con bastante esmero; estaban formados en valla los soldados de la guarnición francesa y se veía una multitud de curiosos llegados de las inmediatas poblaciones, con objeto de conocer á los Emperadores. En la hora que éstos permanecieron allí se repitieron las salvas y las músicas. Toda la comitiva continuó su marcha por el ferrocarril hasta Loma Alta; fué admirado el magnífico puente de la Soledad recién construido. El camino estaba perfectamente custodiado, sucediéndose sin cesar las escoltas.

En Loma Alta, donde se despidieron de los Emperadores las autoridades de Veracruz, estaban los carruajes que debían servir para continuar el viaje; dispuso Maximiliano que el pueblo de la Soledad tomara el nombre de «Villa Marechal» por ser éste el fundador de la localidad; encargó al mismo jefe la vigilancia para la introducción del agua de Jamapa á Veracruz; felicitó á Mr. Sansac, ingeniero del camino de fierro porque llevaba adelante la construcción de esa vía á pesar de la guerra, y por el atrevido puente de la Soledad, obra tan elegante cuanto sólida. También cumplimentó calurosamente á la hermana de la Caridad María de la Cruz, dedicada hacía algún tiempo á curar á los soldados enfermos de los convoyes y trabajadores del camino de fierro en la Tierracaliente; y condecoró con la Cruz de Caballero de la Orden de Guadalupe al Sr. Domingo Bureau, Prefecto Político de Veracruz. Recibió al Lic. Chimalpopoca, á quien, desde Miramar

había invitado para acompañarle en la visita de despedida que iba á hacer á las Cortes europeas; también le fué presentado por Almonte en la Soledad el general Galvez, cuyas tropas, que tenían el título de exploradores, cuidaban el camino á convenientes distancias; detrás del coche en que iban los Emperadores marchaba un escuadrón de la Guardia Imperial con su coronel D. Miguel López que cabalgaba á la derecha del carruaje.

En el pueblito llamado el Camarón, las tropas francesas también formaron valla y fueron adornadas las casas y barracas; frente al cuartel fué levantado un arco triunfal. A las tres y media de la tarde llegaban los Emperadores á Paso del Macho, donde los recibieron las autoridades de Córdoba y entre ellas el comandante superior francés; se sirvió la comida en un gran salón arreglado para el efecto. Dejando allí á los ginetes del jefe Galvez y al escuadrón de la Guardia Imperial, continuaron su viaje á las cinco de la tarde, escoltados por otro escuadrón de la misma Guardia y Lanceros de Orizaba que pertenecían á la brigada Arduéñe. Desde allí formaron parte de la comitiva imperial los generales De Maussion y Galvez que iban inmediatamente detrás del coche de los Emperadores. Estos ya se sentían fatigados, por haber atravesado las tristes llanuras de la zona ardiente bajo un sol abrasador y estaban ansiosos de aspirar aires más puros y ver paisajes menos áridos.

Sorprendidos por la noche avanzaban lentamente en medio de la oscuridad, por el fragoso camino que serpentea en la falda de la montaña, y aunque se quiso alumbrar la vía encendiendo velas, el viento y la lluvia las apagaban; la oscuridad hacía la marcha más pesada y molesta; un incidente desagradable aumentó las penalidades de los viajeros cerca del punto nombrado San Alejo, casi á 500 varas del río del mismo nombre, entre el paraje y el cerro del Chiquihuite rompióse el eje del coche en que iban los Emperadores, quienes se apearon sin dar gran importancia al contratiempo; pero siendo imposible componer el carruaje, continuaron en la diligencia que conducía á los generales de Maussion y Galvez.

Siguió la comitiva por senderos fangosos y descompuestos hasta la hacienda del Potrero, donde se detuvieron para recibir á la familia del general Almonte y algunas señoras, y á varios imperialistas que allí les esperaban; se procuró volver á alumbrar el camino; pero no se logró, sino á intervalos, porque el viento y la lluvia arreciaban, teniendo que seguir á oscuras la comitiva imperial desde el punto llamado Paraje Nuevo. Mal recibían los elementos á Sus Magestades en el primer viaje que hacían por sus nuevos dominios, creciendo las dificultades al grado de haberse visto obligada la comitiva á detenerse; así habría permanecido sin el auxilio oportuno de una multitud de indígenas, enviados de Córdoba con hachas de viento para alumbrar la ruta y solamente así se pudo llegar á Córdoba á las dos y media de la mañana.

A pesar de ser la hora tan avanzada, estaba en la garita el Ayuntamiento presidido por D. José Julian Carrillo, quien entregó á Maximiliano las llaves de la ciudad pronunciando un discurso que le fué contestado en términos benévolos:



*D. Juan de Dios Peza*

Al establecerse la Regencia creada por el voto de la Asamblea de los Notables, fué nombrado subsecretario de Guerra, en cuyo puesto permaneció durante el gobierno imperial presidido por el príncipe Maximiliano de Austria. Acompañó al Emperador en el viaje al interior de la República, y entonces fué nombrado ministro de la Guerra. Tuvo muchos enemigos entre los militares que juzgaron indecoroso que dirigiese el ramo de Guerra un paisano.